

# EL MAESTRO ECKHART

Y

## EL PAPADO

Por J. M. COHEN

EN EL PREFACIO a la bula *In agro dominico*, de 1329, por la cual el papa Juan XXII condenó las enseñanzas del recién fallecido maestro Eckhart, se acusa al gran dominico alemán de “desear saber más de lo que debería”; pero, en realidad, de desarrollar ciertas ideas metafísicas que, aunque implícitas en buena parte del pensamiento cristiano, se habían ido descuidando a medida que la mezcla escolástica de teología y filosofía cristalizaba en sistema. Tomás de Aquino había sido canonizado y su escolasticismo gozaba para entonces de un reconocimiento casi oficial. Pero aunque los veintiocho artículos de la bula en contra de Eckhart tocaban sobre todo en puntos de metafísica, las razones por las que se le condenó fueron de naturaleza eminentemente práctica. Los teólogos de Aviñón pronto se dieron cuenta de que, de extenderse con entera libertad, la influencia de Eckhart podía afectar en forma grave la actitud de los cristianos hacia la Iglesia, sus prelados, su liturgia y su teología.

Por su parte, y como no deseara conscientemente representar el papel de reformador, Eckhart abandonó el campo al primer ataque, aunque sin renunciar, a lo largo de las repetidas acusaciones, a cierto oblicuo desprecio intelectual por sus atacantes. Se reconoció de inmediato capaz de caer en error, pero no en herejía. Pues mientras el primero —según explicó— depende sólo del intelecto, fallible de suyo, la segunda requiere un esfuerzo de la voluntad, lo que en él era imposible. Sostuvo no haber predicado nunca deliberadamente falsa doctrina, y se retractó de todo aquello que en sus obras pudiera inducir a alguien a error. A pesar de todo, fue condenado póstumamente por esa bula “para que sus enseñanzas no echaran raíces más profundas en los corazones de las gentes sencillas a quienes estaban dirigidas”.

La bula constituía una necesidad. La retractación de Eckhart no era suficiente, pues sus doctrinas estaban ya fortaleciendo aquellos centros en los cuales las diferencias con la jerarquía de la Iglesia habían sido endémicas durante más de un siglo; de hecho, desde la aparición de la Hermandad del Libre Espíritu, la que proclamó, a principios del siglo XIII, que la salvación no depende, en modo alguno, de los sacramentos de la Iglesia, y que lo que se considera pecados de la carne no lo son cuando se cometen por amor. Tanto a la Hermandad como a sus sucesores los begardos y los valdenses, quienes continuaron sosteniendo estas ideas, se les persiguió como heréticos y falsos pastores. Los begardos y los valdenses fueron los ascendientes directos de Hus y los lolardos, y, puede decirse, del Protestantismo; y eran particularmente fuertes en el valle del Rin, en donde Eckhart había desarrollado una mayor actividad.

La influencia de un predicador tan eminente, cuyas conclusiones coincidían en muchos aspectos con las suyas, proporcionó un gran aliento a estos críticos de la jerarquía católica, pues se decía que Eckhart, quien en lo personal no era enemigo ni de la Iglesia ni de la teología, sostenía que las relaciones del hombre con Dios no dependen, en última instancia, de ninguna de aquéllas. Es más, como

predicaba principalmente en alemán, ya que se dirigía a monjas y a otras personas de escasos latines, circulaban aquí y allá apuntes de sus sermones, con frecuencia en forma imperfecta, lo que daba a los heréticos un mayor apoyo del que hubieran recibido de las versiones exactas. De manera que sea cual fuere el papel que su condena haya tenido en las querellas políticas de su tiempo, entre los dominicos y los franciscanos, o entre los partidos papistas o antipapistas de Alemania, la bula *In agro dominico* fue para el desacreditado Papado, en su cautiverio de Aviñón, un acto de defensa propia.

La curiosidad intelectual —“el deseo de saber más de lo necesario”— no es una de las principales características de los cincuenta y nueve sermones y los tres tratados seleccionados y traducidos por Quint<sup>1</sup> del alemán medieval al moderno. Tampoco es fácil ver los fundamentos de la segunda acusación general de la bula, esto es, que Eckhart “desoyó la voz de la verdad y prestó oídos a fábulas vanas”. Todo lo que Eckhart dice parece estar sustentado en el doble apoyo de la experiencia y la autoridad. En la experiencia cobrada durante estados de conciencia mística, tal como el descrito en el sermón *Surrexit autem Saulus* (Quint N<sup>o</sup> 37), y en las numerosas autoridades que cita a lo largo de sus obras. Sin duda, el elemento más importante del estilo de Eckhart es esa mezcla de intelectualismo y emoción que también puede encontrarse en su contemporáneo Dante. Pocas veces se siente uno tan conmovido por el pensamiento, o tan informado durante la emoción, como cuando se lee a Eckhart, quien fue en su terreno tan gran innovador como en el suyo el poeta de *La Divina Comedia*. El idioma alemán, tal como Eckhart lo encontró, era incapaz de



Martín Lutero

expresar ideas filosóficas, y difícilmente un instrumento para escribir prosa. De ahí que Eckhart se viera obligado no sólo a acuñar nuevas palabras y giros para trasladar conceptos filosóficos del latín, sino también a elevar los modismos de la corte y el púlpito a la dignidad del lenguaje literario. De la misma manera que Dante fue el primer gran poeta vernáculo de Italia, Eckhart fue el primer maestro de la prosa alemana. Era también hombre de gran erudición.

Entre las autoridades a que recurre se encuentran Platón y Aristóteles, Séneca, Cicerón y Plotino, Orígenes, San Agustín, Boecio y el seudo Dionisio. Pero con frecuencia deja de mencionar los nombres de los autores que cita, lo que origina problemas casi insolubles para los editores de hoy. La misma Inquisición, cuando Eckhart fue llamado a comparecer ante ella en Colonia, atacó tres frases de uno de sus sermones que en realidad eran citas “Ellos pueden cuidarse solos”, dijo Eckhart refiriéndose a los autores antiguos, y añadió que el resto de su tema se basaba en la primera Epístola de San Juan.

Como se resume en la bula de 1329, las creencias de Eckhart parecían formar un coherente sistema, del cual diecisiete temas fueron condenados como heréticos y once tan solo como sospechosos. Los tres primeros se referían al Tiempo, que para Eckhart era sólo un fenómeno del mundo y de la vida terrena. En un sermón, traducido por el profesor Clark pero no incluido en la selección de Quint, Eckhart observa:

Los días que pasaron hace seis o siete días, y los días que fueron hace seis mil años, están tan cercanos al día que llamamos hoy, como el día de ayer. ¿Por qué? Allí el tiempo es un eterno Ahora. Desde que los cielos giran, la primera revolución del firmamento es día. Allí el día del alma pasa en un momento y, en su luz natural, en la cual están todas las cosas, es pleno día. Allí el día y la noche son uno. Allí es el día de Dios, en el cual el alma habita en el día de la eternidad en un Ahora esencial.

Basándose en esos pasajes, la bula acusaba a Eckhart de negar que hubiera habido un momento en que el mundo fue creado. “También podría admitirse —se lee en el segundo artículo de la bula— que el mundo ha existido desde la eternidad”. Pero a un lector del siglo XX puede parecerle que Eckhart definía el tiempo a la manera de Plotino, es decir, como un aspecto sólo local de la eternidad.

Ocurre lo mismo con la doctrina de Eckhart que considera el alma como una chispa divina (*das Seelenfünklein*), doctrina condenada por herética en la primera de las acusaciones generales de la bula. Si un hombre es capaz, en la experiencia mística suprema, de vivir en este “ahora presente”, entonces no hay duda de que cierta parte de él existe al margen del tiempo en esa esfera atemporal. Por tanto, en el hombre hay algo —su “intelecto”, lo llama el artículo— “increado” e “increable”.

La bula ve sólo como sospechosa la posición de que “un hombre bueno es aquel hijo de Dios que es el único engendrado”. La actitud de Eckhart hacia la historia del Nuevo Testamento es ex-

trañamente equívoca. A pesar de que en su tiempo la interpretación alegórica era común, Eckhart destaca por valerse de ella casi invariablemente. Para él, Cristo es más que todo una potencialidad en el corazón de cada hombre. La primera aspiración de todo hombre bueno debe ser el noble nacimiento o re-nacimiento, prefigurado para él por Jesús cuando abandonó a sus parientes (la multitud) y permaneció en el Templo, durante su primera visita a Jerusalén (*Et cum factus est Jesus*. Quint No. 59).

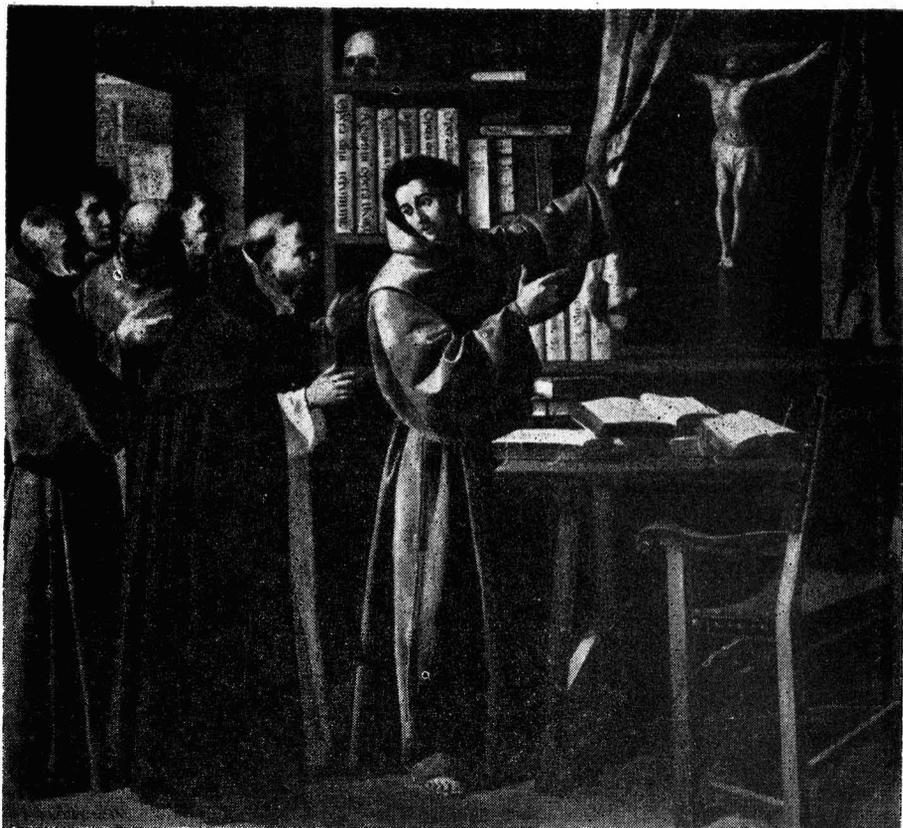
Si deseas encontrar este noble nacimiento, en verdad debes dejar la multitud y retornar al punto de partida, al lugar del cual has venido. Las potencias del alma y sus obras, éstas son la multitud: memoria, entendimiento y voluntad; todas te diversifican, de ahí que debas abandonarlas todas: la percepción sensible, la imaginación y todo aquello en que te encuentras a ti mismo y que te tiene a ti mismo por objeto. Sólo entonces podrás encontrar este nacimiento; pero, créeme, no de otra manera.

El lugar al que debe regresar el que busca, abandonando todo aquello que lo individualiza en el tiempo, era de la misma materia que esta increada e increable chispa, el *Seelenfünklein*. Eckhart negó haber dicho que esa chispa fuera increada. Sin embargo, al atribuirle una existencia fuera del tiempo se expuso a esa acusación. De todos modos, sus creencias son en realidad demasiado finas para ser atrapadas en la red de los teólogos de Aviñón. Si bien ninguna de sus afirmaciones choca radicalmente con las del escolasticismo, el tono difiere y las influencias neoplatónicas son mucho más pronunciadas, pues Eckhart, como Plotino, toma la experiencia mística y el re-nacimiento del hombre como los puntos centrales de su sistema.

La posición de Eckhart ante el pecado es declarada sospechosa en el artículo 14, según el cual el dominico acepta tan completamente la voluntad de Dios que ni siquiera desea no haber pecado, ya que es evidente que Dios deseó que pecara. Pero aquí los teólogos le prohibieron una creencia expresamente sostenida, casi con las mismas palabras, en el libro *De novem Rupibus*, compuesto por la Hermandad del Libre Espíritu y usado por ésta para defender su afirmación de que todo acto estaba permitido a aquel que verdaderamente amara. En el tratado *Reden der Unterweisung (Palabras de consejo)*, que Quint reproduce completo, Eckhart aborda el asunto en forma algo diferente, insistiendo más en el arrepentimiento que en el pecado; pero, de la misma manera, dando mayor importancia al estado de ánimo de la persona que a las cualidades de las acciones individuales.

Esta penitencia significa simplemente un espíritu que trasciende las cosas y se recoge en Dios. Sigue con entera libertad cualquier acción por la cual seas más capaz de lograr esto; y si encuentras que te lo dificulta alguna disciplina externa—velar, ayunar, leer o lo que sea—no vaciles en abandonarla de inmediato y no temas por tu penitencia. Dios no repara en los actos en sí mismos sino sólo en la voluntad, en el móvil, en el sentimiento que pones en lo que haces.

“Dios no recomendó expresamente trabajos externos”, dice el artículo 16 de



Zurbarán—“Tomás de Aquino gozaba para entonces de un reconocimiento casi oficial”

la bula, uno de los que declaran a Eckhart sólo sospechoso de herejía. Pero el sermón *Intravit Jesus in quoddam castellum* (Quint No. 28), sobre el tema de Marta y María, debiera haberlo absuelto de cualquier cargo de esa naturaleza:

María... no era todavía María mientras estaba sentada a los pies del Señor. Lo era en nombre, no en naturaleza. Estaba llena de gozo y anhelo porque por primera vez oía lecciones de vida. Marta era realmente Marta y por eso pidió: “Señor, ordénale que se levante”, queriendo decir “Señor, no me agrada que esté sentada allí únicamente por el placer de-hacerlo. Quiero que conozca la vida y verdaderamente la posea. Dile que se levante y sea realmente María”.

En ese lenguaje vivo y pintoresco recomendaba Eckhart a sus oyentes la vida de la actividad corporal, unida al recogimiento mental. Los pensamientos, las imaginaciones, la contemplación de uno mismo y el autorreproche, eran los enemigos; la vocación, ya fuera para el convento, ya para el siglo, ésa era la escuela; y la finalidad era ese re-nacimiento, gracias al cual María podía convertirse verdaderamente en María, gracias al cual el Hijo nacía en el corazón, y después del cual todos los acontecimientos se volvían indiferentes al hombre, puesto que su alma quedaba para siempre separada de ellos. “¿Es mejor —preguntó alguien a Eckhart— retirarse de la multitud a la paz de una iglesia?”.

—No —respondió Eckhart—; el hombre justo lleva a Dios con él en todas partes, en la calle, entre una muchedumbre, lo mismo que en una iglesia o en la soledad de su celda... El que no lleve a Dios dentro de sí, será distraído por las gentes; no sólo por las malas compañías sino también por las buenas... El obstáculo está en él mismo, porque Dios no se ha convertido en todo para él.

Después de la proscripción de 1329, el sistema de Eckhart no podía tener partidarios declarados. Sin embargo, es evidente que Heinrich Suso y Johann Tauler, los escritores místicos mejor conocidos de la generación siguiente, lo reverenciaban. Ambos deben de haber sido sus discípulos y por lo menos el primero fue su amigo. Pero ninguno de los dos podía defender sus doctrinas expresamente. Los estados místicos se describían para entonces en más estrecha conformidad con el lenguaje teológico. Palabras como *Seelenfünklein* no se volvieron a usar. Heinrich Suso, no obstante, en su *Librito de la verdad*, cuyo primer borrador parece haberse escrito durante los angustiosos días del proceso contra Eckhart, trata de conciliar los pensamientos de su maestro con otros de fuentes más ortodoxas, y al mismo tiempo ataca las opiniones de los begardos y la Hermandad del Libre Espíritu. En el capítulo sexto, como discípulo, defiende y explica las intenciones de su maestro al “Salvaje”, quien expone los puntos de vista por los cuales el Maestro fue condenado.

Sin embargo, Eckhart fue olvidado pronto, o sólo recordado como fraile hereético y jefe de los lolardos. Sobre los místicos ingleses John Hilton, Julián de Norwich y el autor de *The Cloud of Unknowing*, no ejerció influencia directa. Ruysbroek y Tomás de Kempis probablemente lo conocieron sólo a través de Tauler, y es improbable que Lutero lo haya conocido de primera mano. Que sepamos, el único devoto de los sermones de Eckhart es el poeta Angelus Silesius, quien demuestra haber conocido bien varios de ellos. En él reaparece el *Fünklein (Der Cherubische Wandersmann*, iv, 137); para él, el justo no reconoce ley (v, 277), y el hombre, si es que ha de ganar honra, debe él mismo volverse Dios (vi, 30).

No se redescubriría totalmente a Eckhart hasta el Romanticismo. Hegel y Schopenhauer lo citan con encomio, y su

# UNA SOCIOLOGIA DE LA "IRRESPONSABILIDAD ORGANIZADA"

Por Enrique GONZALEZ  
PEDRERO



El Papa Juan XXI

primer editor, Franz Pfeifer, lo declara "uno de los más profundos pensadores de todos los tiempos". Los nazis, interpretándolo de la manera más perversa, trataron de convertirlo en uno de los precursores del cristianismo germánico, y le atribuyeron una idea más extraña que cualquiera de las que se le achacaron en vida: que la sangre es lo más noble en el hombre. En la actualidad, Quint y otros trabajan en una edición definitiva de sus obras, tarea que se vio interrumpida por la guerra.

La presente selección de Quint recoge sólo sermones de cuya autenticidad está seguro. De ahí que haya desechado la conversación del Maestro con su alumna la Hermana Katrei, que contiene patentes pasajes heréticos. El estilo de Quint es agradable y sus notas muy escrupulosas. En su introducción al pensamiento de Eckhart, el profesor Clark precisa hechos históricos e ideas teológicas, y hace todos los esfuerzos posibles por proteger al maestro contra cualquier sospecha de herejía. Si hubiera sido tan inocuo y tan poco original como este ensayo preliminar quiere hacernos creer; si, como el profesor Clark pretende, sus más altos vuelos fueran meramente poéticos, es dudoso que la Iglesia se hubiera tomado tanto trabajo en destruir su influencia; y es dudoso que los veinticinco sermones, tan excelentemente traducidos en la segunda parte del libro, contengan tanto alimento espiritual.

Traducción de Augusto Monterroso.

1 Meister Eckhart: Deutsche Predigten und Traktate. Herausgegeben und übersetzt von Josef Quint. Munich: Carlo Hanser Verlag. DM 17.80.

2 James M. Clark (Editor): Meister Eckhart. Nelson. 25s.

## ACLARACION

A numerosos lectores sorprendió, con justicia, la transcripción que hizo *La Feria de los Días*, en el número próximo pasado, de un "elogio fúnebre" a Jorge Luis Borges. Nos apresuramos a esclarecer: no, Borges no ha muerto; felizmente continúa en Buenos Aires entregado a las tareas que tiene a su cargo. Pero el hecho es que mientras el autor de *La Feria* permaneció en París, desde donde fue enviada dicha transcripción, allí se daba a Borges por fallecido, y casi todos los periódicos le dedicaron obituarios de variable longitud. Valga tamaño error, cuya fuente original desconocemos, por la satisfacción que nos causa el poder rectificarlo.

¿EXISTE un estilo norteamericano? ¿Puede hablarse de un estilo "nacional", maduro y común a todas las formas de expresión norteamericanas de nuestra época? Los grandes estilos nacionales se han producido siempre en las épocas históricas de culminación, cuando todos los aspectos de la vida de una nación responden a una unidad de objetivos, de fines, de aspiraciones, de ideales; cuando los estilos individuales se integran en un estilo común, en el estilo de la sociedad, y reflejan cons-



O. Welles retrataba al tipo ideal

ciente o inconscientemente ese común denominador. Si pensamos en el modo de vida norteamericano y en sus expresiones o representaciones artísticas, no es difícil hallar ciertas coincidencias de fondo y de forma entre la pintura, la novela, el cine, el teatro... Los cuadros de Ben Shan, la obra de Dos Passos, los *films* de Stanley Kramer, las piezas de Arthur Miller, tienen algo en común. Y no es, precisamente, un contenido apologético, como suele suceder en las épocas de unificación nacional de un estilo (el estilo Luis XIV, el arte español de la contrarreforma, etc.), sino por el contrario, crítico. Es decir, que si existe un estilo norteamericano, ese estilo se caracteriza por expresar una actitud vitalmente inconformista. Ahora bien, ocurre que generalmente esa desaprobación de los ideales o de la estructura misma de la sociedad norteamericana, se produce objetivamente, casi como un *frío* reportaje periodístico. Algunas veces el reportaje se limita a la descripción, al exterior, a la nota periodística: la noticia. En otras

\* *La "élite" del poder* de C. W. Mills, F. C. E., México, 1957.

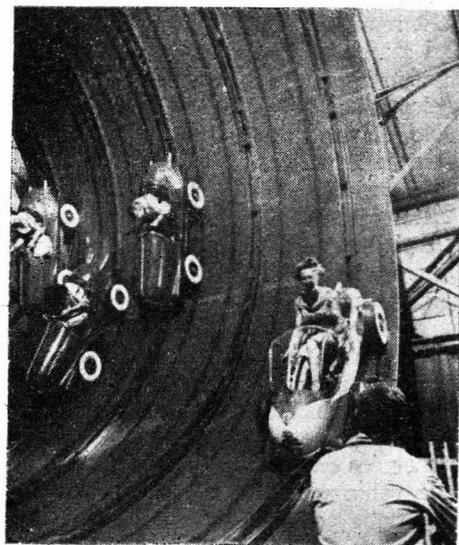
ocasiones, la cosa va más allá. No se trata sólo de presentar el *cómo* de un acontecimiento sino de penetrar en el *por qué* de los problemas.

En el *Citizen Kane*, uno de los mejores, más representativos y discutidos *films* norteamericanos, Orson Welles retrataba al *tipo ideal* de héroe de los Estados Unidos. En efecto, el personaje central, Kane —que muchos críticos identificaron como William Randolph Hearst— es un magnate que ha triunfado en el mundo de los negocios y que influye poderosamente con los medios de que dispone en la vida nacional e internacional de su país. Las significativas palabras de Welles que sirven de introducción al *film* adelantan al espectador en un segundo, el tema de la película que se propone presenciar y lo pone en guardia, en *situación*: "Señores, señoras, no sé qué pensarán ustedes de *Mr. Kane*, ni quiero imaginarlo... Kane es a la vez, un héroe y un canalla, una basura y un buen tipo; un gran ciudadano americano y un cerdo. *Todo depende de lo que de él se diga*".

En ésta, como en tantas otras ocasiones, el arte había tomado la delantera...

De algunas grandes novelas suele decirse que son frescos de la sociedad de su época; *La "élite" del poder*, de C. W. Mills\* —sin ser una novela, aunque en no pocas ocasiones lo parezca— más que en un fresco hace pensar en una fotografía de enormes dimensiones, como las que ahora cubren las paredes de los grandes rascacielos de una urbe moderna. Este libro viene a completar el estudio de la sociedad norteamericana que ha hecho C. Wright Mills en sus libros anteriores sobre los obreros, *labor leaders*, y la clase media, *white collar*. Con este libro, Mills cierra momentáneamente (?) el círculo. Publicado originalmente el año pasado, lo reciente de su aparición garantiza su actualidad y la vigencia de los datos de que el autor se ha servido para estructurar su interesante sociología descriptiva del poder en los Estados Unidos.

*La "élite" del poder* es un corte horizontal en el estrato superior de la sociedad norteamericana, que deja al descubierto todas sus vetas y elementos. Los



"irresponsabilidad organizada"